

CUBA TIENE SED DE ARBOLES

Si pudiese sintetizar en una frase literaria, lo más gráfica posible, las impresiones que pienso daros en estas líneas, diría, creyendo de cierto haberlas representado en ellas, que «Cuba tiene sed de árboles». De esto se ha hablado mucho, lo sé: más de un articulista, más de un literario, ha tocado el tema; pero la constancia en decir lo que debe decirse, ha conseguido casi siempre convertir en realidades las ideas.

Cuba tiene sed de árboles... Cuba, tórrida, bañada de sol, despojada de verduras que fabriquen la brisa

sa y atenúen la intensa claridad del Trópico, quisiera beber en una fuente que manase a raudales la savia de sus hojas, el bienestar de sombras suaves que brindasen por doquier árboles espesos.

Cuba no tiene árboles. Y los que hay...? —preguntaréis. Son como un río al lado del vasto océano. Es decir, considerando la flora exuberante y agradecida de nuestro maravilloso y descuidado país, los árboles con que cuenta Cuba, no le suministran ni la tercera parte del oxígeno que se le podría proporcionar.

En una tierra bendita como esta, en que sin riego, a veces sólo amparados intermitentemente por torrenciales aguaceros que se intercalan con días abrasadoramente en el suelo, malbaratados por ciclones que se presentan de modo inesperado en meses que no son de su albedrío, retoñan rápidos, levantando la cerviz del polvo, de nuevo adornados por sus hojas verdes; en una tierra generosa, fecunda, donde las flores cubren los jardines en nuestro invierno sin escarcha y rígores; en una ciudad que pretende «ser una de las ciudades más bellas del mundo»; en una ciudad en fin, donde las mil

y una amables perspectivas que la cruzan piden a voz de implorante modulación sombras, hojas, troncos, brisa, el matiz consolador del verde... no resuelven nada los cuantos cientos de árboles que a ratos la sapican con la tonalidad risueña de sus copas.

Una dama distinguida y culta, que ha paseado por Europa toda la aguda observación de su inteligencia brillante, hubo de decirme recientemente: «En Cuba se confunde lo lindo que podría ser la Habana, con lo que la Habana es. La Habana podría ser una de las ciudades más bellas del mundo, pero no lo es porque no han sabido hacerla así». Y yo convengo con ella en esto. No he tenido la inmensa suerte de sacar mis conclusiones de viajes, y observaciones personales en el mismo terreno extranjero, para hacer las comparaciones propias del caso. Pero no importa: ahí están los libros, ahí está la información de esas mismas personas inteligentes que han viajado, ahí está el cine con sus magníficas e instructivas películas mundiales. Y, sobre todo, la misma Habana, con sus riquezas naturales, esperando que vengan a desenvolverlas acertadamente. Y la intención

noble y el celoso interés conque la miramos los que la queremos bien, los que descubrimos bajo su descuido los elementos en potencia no desarrollados.

Cuba tiene sed de árboles. Recordad los pueblos que se agrupan en torno de las ciudades del interior. Y esas mismas ciudades. Os enseñarán el Liceo, la Iglesia, el Ayuntamiento, el Cementerio y el Parque. El Parque... Los parques del interior...! Sólo tienen uno. Y no necesitaría esforzarme mucho para hacerlos ver la desolada tristeza muerta de esos parques guajiros!

Y en la Habana...? Qué admirables perspectivas, qué avenidas llenas de vieja fronda balanceante pudieran regalarse a nuestra querida Habana? He dicho «vieja fronda», si no hay nada más sugerente, más encantador, más fecundo en nostalgias y añoranzas, que la vieja fronda de los viejos árboles. Ese es otro pecado, otro error, otra lamentable confusión de los que han hecho la Habana. Los troncos forzudos que con amor de abuelo levantan sobre la superficie abrasada de rayos solares sus copas enormes, caen sin razón, sin culpa, bajo la piqueta de la incompreensión que no es ciertamente para mí la del Progreso. En su lugar, árboles pequeños, recortados, elaborados, como aquellos cercados antiguos que en las festividades hacían la delicia de mi absorta niñez y que hoy detesto. Los parques de la Habana carecen de altura. Su escaso adorno, cuando lo tienen, está a ras de tierra. Pegado al pavimento en figuras geométricas, con contados ramilletes tendiendo al aire su flor, y la musicalidad de un movimiento natural.

En el Vedado hay dos avenidas de palmas. Por qué dos avenidas de palmas...? La palma es bella, airosa, gentil, se destaca orgullosa y decorativa bajo el cielo purísimo que habitualmente la cubre. Pero una sola avenida de palmas bastaba. En la otra, debieron plantarse hasta por hacer contraste, y que la vista pasara del penacho breve de las palmas al enjambre tendido de las ramas, tramboyanes alegres u otra clase de árboles; pero árboles grandes, que calmaran la sed de penumbra tranquila, de remanso, que se anhela en nuestros días tropicales. Árboles bajo los cuales pudiera pasearse, respirando la esencia reconfortante de su tronco y de su hoja. Árboles acogedores de niños, que regalasen placidez y calma.

Carlos Tercero... Yo no conozco las avenidas europeas. Pero pienso que una de nuestras calzadas más

hermosas, a la que pudiera impregnarse ese carácter soñador y principesco de que intuyo dotados a los grandes paseos de Europa, es esta avenida que, pese a su brevedad, alberga una innata y serena belleza.

Yo no presencié las salidas en volanta, cuyo rodar preclisaba la vida en ese rincón reposado. Pero siempre, inevitable y fascinadoramente siempre, revivo, al cruzar Carlos Tercero, aquellos tiempos de mis abuelos de aristocrático y pausado transcurrir.

Y no creáis que empleo la palabra aristocracia en un sentido social. Conviene hacer la aclaración. Hay una aristocracia de belleza, de anhelos, de ensañaciones, que es la que siento penetrarme toda cuando cruzo Carlos Tercero. La Loma del Príncipe al fondo, la Quinta verde de Los Molinos con su reja oxidada por el tiempo y la poesía, su amplio margen distendiendo el espíritu apresado hacia unos minutos en el tráfico y el ruido de Reina y Belascoain llenan el pensamiento de una dulce remembranza. Y eso que no tiende por sobre su superficie rauda profusa e inquieta de la vieja fronda.

Me pregunto: «Dejarán seguir a Cuba, nuestra tierra hermosa y tropical, sedienta de árboles, de penumbra, de verde paz?» Es justo confesar que hemos dado un paso de avance. Han nacido nuevas avenidas en que se han plantado con generosidad los árboles. Antiguos parques se han remozado. Es consolador pensar que el público los respeta. Para que la Habana llegue a ser una bella ciudad, es necesario que marchen de acuerdo la iniciativa oficial y la conciencia popular. Pero aún falta mucho que desear. Faltarán mientras se sigan destrozando los árboles con el pretexto de poda. Mientras se torturen sus hojas en forma mísera y antiestética, dándoles apariencia de crocantes y caramelos en vez de la apariencia libre y natural que el Creador les imprimió. Mientras no se poden científicamente a su debido tiempo.

Esperamos y deseamos seguir avanzando, por el bien de Cuba y de sus propios ciudadanos de los que tienen más derecho a gozar de la rica y hermosa naturaleza de su país. Nuestra ciudad debiera y pudiera ser un inmenso parque incrustado de edificios, y es un conglomerado de edificios en que gocean las hojas sus espaciadas notas. Árboles, árboles para Cuba entera, que tiene una sed enorme de sus troncos y su hojas...

Hortensia de Varela.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA